Servid á toda la ciudad de ejemplo.

(*La madre toma su arbigo y va á salir*)

FELIPE.

(*De modo que ella sola lo oiga*)

Allí el niño estará junto al sagrario.

EL ABUELO.

No creí que su fuerza fuera tanta.

(*Se levanta y corre hácia ella*)

Ven, tu apoyo seré, mi hija querida.

LA MADRE.

(*Aceptando el que el abuelo le ofrece*)

Dios es mi único apoyo en esta vida.

(*salen*)

FELIPE.

(*Sonriendo y al ver que se alejan*)

Con un ángel allá será una santa.

UNA MADRE.

CANTO PRIMERO.

Eso es; cuatro años aunque no cumplidos,
Pues mirándolo bien faltaba un dia,
La pequeña Lucía
Contaba.....no, tenia ya vividos.
Tal correccion la historia reclamaba,
Pues ella qué sabia!
Y era Elena su madre quien contaba.

Pero la pobre Elena,
Tan buena madre como su hija buena,
Se aferra en vano á la existencia ingrata,
Pues ha tiempo se encuentra, adolorida,
Con la miseria en lucha, que al fin mata.

Y si Elena aferrábase á la vida
Era por su hija á quien dejar no quiere
Y por ella la muerte la intimida.
¿Qué sentirá una madre que se muere?
Y, la cosa bien vista
¿Quién conociendo al mundo y sus engaños
Se marchará á los cielos, egoísta,
Dejando aquí una niña de cuatro años?

Por eso el lecho con horror ve Elena
—Sabe que es antesala de la muerte—
Ycon la fiebre con valor luchando
Pero con mala suerte,
Andar quiere y consigue irse arrastrando,

Y aunque mira que áun eso hace con pena:
"Si ya estoy buena, dice, si estoy buena."

Mas no lo estaba; y ve que cada dia
Apresura su fin y que cada hora
Pedazos de su sér se lleva impía,
Y se moria la infeliz señora
De ver que sin remedio se moria.

La niña en tanto que su mal ignora,
Con flores casi secas teje ramos
Diciéndoles ternezas y cariños
Y pensando.....pensando.....pero vamos
Que ignoro yo qué pensarán los niños.
Todos lo fuimos, ay, y lo ignoramos.

A la luz de una vela agonizante
Que moriria áun antes que su dueña,
La niña juega, del pesar distante,
Y sus flores juntar sus manos quieren,
Y mientras más resisten más se empeña,
Sin advertir en tan tremendo instante
Que su vela y su madre ya se mueren.

La madre oprime su afligido pecho
Y mira á su hija con estraño modo,
Y se siente morir en aquel lecho,
Que para serlo le faltaba todo.
Y la niña riendo
Prosigue aquellas flores componiendo
Y charlando á sus solas en voz alta
Sin oír de su madre la tos seca.
¡Flores! Para jugar con su muñeca
Precisamente la muñeca falta.

Abriéndose la puerta, el viejo Cura
Penetra al aposento;
En llegar á la enferma se apresura,
Con ella habla un momento,
Atiza la espirante candileja
Y en el suelo desnudo
Tomando, el pobre, asiento como pudo
Luego á la niña de la casa aleja.

Salió al campo y anduvo
Lucía, vacilando, cierto trecho,
Mas al fin miedo tuvo
Ya cerca de la aldea y del molino
—Su edad para tenerlo da derecho—
Y alcabo se detuvo
Y sentóse en un lado del camino
Volviendo el rostro hácia el materno techo.
Y sin saber por qué sintiótristeza
Y mojó, sin saberlo, sus mejillas,
Llanto que de sus párpados brotaba
E inclinó la cabeza,
Y sintió un mal estar que la agobiaba
Con ánsia de ponerse de rodillas.

Cuánto misterio á la desgracia aguarda!
¿Por qué ese malestar súbito y raro?
Ay, quizás su orfandad y desamparo
Llorando estaba el ángel de su guarda.

Alzó al cielo los ojos por consuelo
Y que ya van cubriéndolo, divisa,
Gruesas y negras nubes, cual si el cielo
Se vistiera de luto á toda prisa.

Y aunque el miedo moverse la estorbaba,
Sus pies atando como fuerte nudo,
A correr pronto el miedo la impulsaba,
Y adivinando que eso la consuela,
La pequeña Lucía
Haciendo al miedo contra el miedo escudo
Se animó con un grito: ¡madre mia!
Y echó á correr cual pájaro que vuela
Y corrió tan aprisa como pudo.
Y no léjos un pájaro cantaba
Y tal vez la veia
Y parece que de ella se burlaba;
Mas la niña corriendo no lo oía.

Llegaba ya á la puerta
Cuando salia de la estancia el Cura,
Y dando un beso á la hija de la muerta
Se marchó á disponer la sepultura.

Penetró la inocente
A la estancia ya oscura
Y á su madre llegó violentamente,
Sin comprender el pavoroso arcano
De que, aunque la tocaba con la mano,
Su madre, á pesar de eso, estaba ausente.
Y al ver que no escuchaba su querella
Se acostó, despertarla no queriendo,
La cabeza en las ropas envolviendo
Lo más cerca que pudo junto de ella.
Perdió el miedo quedándose dormida,
Y en esa noche, por estraña suerte,
Buscó abrigo la vida con la muerte,
Y sí, la muerte protegió á la vida.

CANTO SEGUNDO.

Oscuro estaba el templo y parecia
Que más oscuro estaba,
Porque su oscuridad se contemplaba
A la luz de una lámpara indigente,
Que con tardos relámpagos ardia.

Y alumbraba esa luz intermitente
Sombras movibles, formas confundidas,
Que al parecer huian sorprendidas
Cuando resucitaba de repente.

Se destacaba en tanto
Blanca, sobre el altar no percibido,
La Santa Vírgen de la Aldea encanto.
Era blanco su manto,
Blanca su tez y blanco su vestido.

Y el que fuera nictálope mirara
Junto á la reja que el altar rodea,
Inmóvil cual de mármol de Carrara,
La niña á quien su madre abandonara
Que á ver viene á la Vírgen de la Aldea.

De hinojos se encontraba
Lucía, más despues de estar de hinojos
Sobre sus pies el cuerpo descansaba.

En la Vírgen los ojos
Ella tenia con amor clavados,
Más que de llanto, llenos de tristeza;
Hácia atras inclinada la cabeza
Y los brazos cayendo de ambos lados.

—Mi madre Elena, Vírgen, me contaba,
La niña así decia,
Que eras, me acuerdo bien, que eras muy buena
Y que tú puedes todo cuanto quieres.
Dime si me engañó mi madre Elena,
Porque pudiendo habérmela dejado
Antes me la has quitado.
Ya ves como eres, no, ya ves como eres.

Me contaba ella, haciéndome cariños,
Que á tu santo querer nada resiste
Y que tú amas muchísimo á los niños;
En tu bondad, me dijo, que esperara
Y me hizo que te amara.....
Y el hecho es que mi madre ya no existe.

Nadie me quiere desde que ella ha muerto.
Nadie acalla mi llanto cuando lloro,
Nadie me besa ya cuando despierto,
Nadie á reír, jugando, me provoca;
Y ten, Vírgen, por cierto,
Que cuando muerta de hambre un pan imploro,
Es amargo ese pan para mi boca.

Otras niñas yo miro
Llevadas de su madre por la mano
—Lo mismo que iba yo—su dicha veo
Y sin querer suspiro

Y á desear me siento.....pero en vano
Que me quedo no más con mi deseo.
Si lo quisieras tú.....! pero no quieres,
Ya ves como eres, no, ya ves como eres.

Mas yo vengo á contarte mi querella
Porque busco tu amparo todavia;
No, pues me vuelves á la madre mia
O me das otra madre como aquella.

Escuchaba escondido
El viejo Cura y con afan reía,
Pero riendo y todo,
Sin conocerlo estaba conmovido;
Y sin saber él mismo de qué modo,
Acabó por pedir á la Señora
Que oyera, como buena protectora,
La oracion candorosa de Lucía.

En ese instante entró por la ventana
Un rayo refulgente
De la luna, que estaba en su creciente
Y fué á bañar la imágen soberana.

El Cura no dá crédito á sus ojos!
La Vírgen sonriendo complaciente
Inclinaba á la niña la cabeza,
Y una nube avanzando de repente
Y nube, segun él, muy importuna,
Le impidió contemplar la maravilla
Pues cubriendo á la luna totalmente,
Como sus rayos recogió la luna,
Dejó otra vez oscura la capilla.

Se levantó la niña sin tristeza;
Pero al salir sintióse detenida
Por el Cura que acude con presteza
Y con su casa y todo la convida.

Oh, no, dijo la niña, gracias Padre,
Sabed que en cambio de mi madre Elena
Tengo ahora una madre que es muy buena
Y mejor, señor Cura, que mi madre.

Salió al campo; y un pájaro cantaba
Y al parecer la niña lo entendia,
Y el ave sus canciones repetia,
Y la niña los cielos contemplaba.
Y yo creo que entónces sucedia
Que en su tumba sonriéndose, gozaba
Elena, la otra madre de Lucía.

CONCLUSION.

Señor Cura, mirad, vaya una cosa!
Exclamaba una vez la sacristana:
La hija de Elena—que con Dios reposa—
Se encuentra cada dia más hermosa
Y alegre cual el sol de la mañana.
Desde que soy Dolores—y soy vieja—
Yo cosa igual no he visto, señor Cura,
¿Quién la cuida la viste y la aconseja?
—Deja, Dolores, deja,
El Cura respondia,
Mas puedes de una cosa estar segura:
Que nunca Salomon, buena Dolores,
Se vistió en su esplendor como las flores.

La vieja no entendia,
La bíblica alusion que el Cura reza
Y siempre repetia:
—Nadie me quita á mí de la cabeza;
Señor Cura ¿quién cuida de Lucía?

Pero esta sin saber si se murmura,
Bella, limpia, tranquila y sonriente,
Saludaba de prisa al señor Cura,
Saludaba á la gente,
Y sin cuidar de si era ó no misterio
Su vida, y de la aldea maravilla,
Iba del cementerio á la capilla,
Si no, de la capilla al cementerio.

Y á un grupo de aldeanos
Que el Cura hablar oyó cuando pasaba
Sobre esto haciendo mil discursos vanos,
—Y eran los principales del cortijo—
El pastor, que riendo regañaba,
Primero los bendijo
Y porque tanto murmurar se enfrene:
—Cállense, tontos, dijo,
Porque es huérfana al fin, que madre tiene.

Y en una tarde bella como aurora
—Aurora de la noche—fué Dolores
El jardin despoblando de sus flores
Y su llanto enjugando—porque llora—
—Señor Cura, exclamó, murió Lucía,
Y un pájaro cantaba,
Y al parecer la niña lo entendia,
Pues muerta como estaba,
O yo no veo bien, ó se reia.
Y el Cura contestó:—Tengo un consuelo;
Ahora comienza en realidad su historia,
Pues la llamó su madre de la gloria,
O su otra Madre la llevó á su cielo.

AMOR VIEJO.